



Juan nos ofrece una alegoría. **La alegoría de la vid.** La alegoría es un cuadro figurado en el que cada rasgo tiene su propia significación: la vid, el viñador, los sarmientos, los frutos, la poda, el rechazo del sarmiento estéril, el fuego...

Instruye Jesús a sus discípulos sobre la identidad y situación de su comunidad en medio del mundo. Comienza a existir **una humanidad nueva.** Su existencia no depende de una institución, sino de la participación de la vida de Jesús, de la comunicación de su Espíritu. Y cada miembro está llamado a producir fruto, a tener un compromiso, el del amor. Es la alternativa al mundo "opresor". **Hoy decimos: "otro mundo es posible"**, no queremos este "sistema de vida".

1-3. Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y a todo el que produce fruto, lo va limpiando, para que dé mas fruto. Vosotros estáis ya limpios por el mensaje que os he comunicado.

La viña o vid es en Israel una imagen tradicional del pueblo de Dios (Sal 80,9; Isa 5,1-8). Al declararse "la vid verdadera" Jesús se define como el representante auténtico del pueblo de Dios. No hay más pueblo de Dios que **el que se construye a partir de Jesús.**

Empieza Jesús con una advertencia severa, que define la misión de esta comunidad. El no ha creado un cenáculo cerrado, ni un *ghetto*, sino una **comunidad que se expande.** Todo sarmiento que está vivo tiene que dar fruto; es decir, todo miembro tiene

un crecimiento que efectuar y una misión que cumplir.

El Padre se encarga de podar. El sarmiento que no da fruto es aquel que pertenece a la comunidad, pero no responde al Espíritu. Quien practica el amor, tiene que crecer por la limpia que el Padre hace.

Así como el grano de trigo tiene que morir para producir fruto abundante (12,24), y la mujer ha de padecer para que nazca la criatura (16,21) también el sarmiento ha de ser limpiado, **para que broten "yemas" nuevas que produzcan fruto.** Es la vida que no se detiene, si se está en la corriente del Espíritu.

4-6 Permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.

Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

La unión con Jesús no es algo automático, por el hecho de bautizarse, o de sentir algo dentro. Necesita una **decisión personal, una respuesta** a la llamada. A la iniciativa del discípulo responde la fidelidad de Jesús. El sarmiento no tiene vida propia, no puede dar vida por si mismo, necesita la savia, es decir el Espíritu comunicado por Jesús. Interrumpir la relación con Jesús significa cortarse de la fuente de la vida, esterilizarse. **Este no dar fruto delata la falta de unión con Jesús.**

Entre él y los discípulos existe una misma vida que fluye y corre. Es la asimilación a su vida, su estilo y su causa, y su muerte.

Quien renuncia a amar renuncia a vivir. El final es la destrucción. No podemos ir por nuestra cuenta sin etiqueta de "denominación de origen". No podemos descolgarnos sin más del tronco y actuar a nuestro aire. Mañana aquella rama desgajada estará arrugada y seca en cualquier rincón del camino. **Está claro que "sin mi no podéis hacer nada".**

7-8 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseéis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos.»

Es decir, si hay una adhesión personal total con Jesús y su mensaje, su estilo, su causa, su forma de hacer. Cuando en la comunidad reina ese ambiente de unión con Jesús y entrega al quehacer de evangelización, **se puede pedir lo que quiera,** porque hay colaboración total de Jesús con los suyos.

La gloria, que es el amor del Padre, se manifiesta en la actividad de los discípulos, que siguen

trabajando en favor del hombre, amando y agrandando cada vez más el espacio donde se practica el amor. El **ejemplo de los misioneros/as** nos lo ha demostrado con creces. Muchos de ellos y ellas han sido asesinados, han sido mártires. Allí ha habido lágrimas de Dios y gloria de Dios.

Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador.

Solo Él nos da vida. Solo Él es la savia que nos aporta luz, alegría, creatividad, sensibilidad, compasión y ternura, coraje y libertad.

A veces parece que la savia de Jesús no circula bien por nosotros y nuestras comunidades. Parece como que estamos secos. Mucha hojarasca, que solo embellece, y **ningún fruto que es lo importante**. Porque prestamos más atención y le dedicamos más tiempo a lo exterior y las apariencias, que **al interior y lo esencial**. Lo esencial es que fluya la savia que viene de Jesús.

También hoy día, al igual que los jerarcas de la religión judía, muchos pretenden apropiarse de la viña del Señor. Corren la voz de que solo estando con ellos, siguiendo sus doctrinas se puede estar cerca del Señor, y que por lo tanto solo dentro de su institución es posible conseguir la salvación. Lo que hacen es convertir la búsqueda sencilla de muchas gentes en negocio y plataforma de encumbramiento personal. Está bien claro que solo el que da la savia, la vida que fluye, es el Señor. **El es, solo Él, la vid verdadera**. Todos los demás somos aprendices, párvulos lentísimos que aprendemos en la medida que estamos unidos a la cepa. Lo demás son como **riparios engañosos**, mucha hojarasca y poco fundamento para injertar las yemas.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid

Nosotros hoy no estamos bajo la espada y el león del circo romano, pero sí que estamos bajo el tedio, la rutina, los montajes pastorales con muchos medios y "mass-medias". Y vemos que para el poco fruto recogido no hacían falta tan grandes alforjas. Y echamos la culpa al ambiente, al laicismo, pasotismo etc. Y no nos damos cuenta que si no conectamos con el Señor y permanecemos unidos a él, somos sarmientos secos.

Nuestra primera tarea hoy y siempre es **«permanecer» en la vid**, no vivir desconectados de Jesús, no quedarnos sin savia, no secarnos más. **¿Cómo se hace esto?** El evangelio lo dice con claridad: hemos de esforzarnos para que **sus «palabras» permanezcan en nosotros**. Este acercamiento frecuente a las páginas del evangelio nos va poniendo en sintonía con Jesús, nos contagia su amor al mundo, nos va apasionando con su proyecto del Reino, va infundiendo en nosotros su Espíritu. Casi sin darnos cuenta, nos vamos haciendo cristianos.

“Y este **permanecer**, -nos ilumina el **Papa Francisco**-, es un permanecer **activo**, y también es un permanecer **recíproco**. ¿Por qué? Porque Él dice: *«Permaneced en mí, como yo en vosotros»*. Él también permanece en nosotros, no sólo nosotros en Él. **Es una permanencia recíproca**. En otra parte dice: Yo y el Padre *«vendremos a él y haremos morada en él»*. Es un misterio, pero un misterio de vida, un hermoso misterio.

Es cierto que los sarmientos sin la vid no pueden hacer nada porque la savia no circula, necesitan la savia para crecer y dar fruto; pero también el árbol, la vid, necesita sarmientos, porque los frutos no están unidos al árbol, a la vid. Es una necesidad recíproca, es una permanencia recíproca para dar fruto.

Entre la vid y los sarmientos se da este **permanecer íntimo**. Los sarmientos, nosotros, necesitamos la savia, y la vid necesita los frutos, el testimonio. Nosotros sin Jesús no podemos hacer nada. Y Él, sin nosotros, pareciera que no puede hacer nada, porque el fruto lo da el sarmiento, no lo da la vid”. (Homilía)

Y a todo el que produce fruto, lo va limpiando, para que dé más fruto.

La limpieza es un proceso que requiere tiempo, discernimiento y rupturas. Dios interviene para que demos más fruto. Y en esto consiste su gloria, porque su voluntad es que demos el fruto del amor.

Y esa poda, a veces, trae lágrimas. Las correcciones que nos hacen, las pruebas que nos vienen, los sinsabores de la vida, las dificultades severas en estos tiempos del Covid... Al igual que la vid en el mes de marzo, que, según los entendidos, con la subida de las temperaturas, sobre todo del suelo y del aire, los viñedos abandonan su reposo invernal y la savia recorre de nuevo la planta. Cuando llega a algún corte realizado durante **la poda (o la castra**, como dicen por el Condado) **la savia gotea a través de esos cortes, formando “lágrimas”**. Es el despertar de las plantas, que arrancan su ciclo vegetativo pausado durante el invierno. Lloran y cicatrizan sus heridas y con ello la primavera se ha colado oficialmente en la viña. Maravilloso el símil, ¿verdad?

Porque sin mí no podéis hacer nada.

Y sin embargo bien que proyectamos, luchamos y hacemos sin tenerlo en cuenta. Seguir a Jesús no solo es escuchar y aceptar su palabra, es permanecer unidos a Él. Y aunque nos separemos por nuestras infidelidades es estar abierto a su gracia. Él siempre es fiel, siempre presente como vigía de mi retorno.

Porque la fe no es una idea, un sentimiento, una costumbre recibida, **es el seguimiento a una persona, el Resucitado**. Es hacer que fluya, sin poner obstáculos, la savia del resucitado y así tener luz, alegría, creatividad, coraje para vivir como él. El discípulo queda transformado por dentro. Y así poder decir como Pablo: **Ya no vivo yo es Cristo quien vive en mí”** (Gal 2,20)